

CAPÍTULO 1

A los once años descubrí la montaña. No es que no sabía que existían las montañas, no soy tan tonto. Digo que la descubrí porque fue a esa edad cuando a mi papá se le ocurrió llevarnos de vacaciones por primera vez a un lugar sin playa ni mar.


Mi mamá no dijo nada, quizás porque era ella la que siempre elegía adónde ir y ahora le pareció bien no meterse. Mi hermano mayor y yo no nos quejamos, aunque montaña sonaba menos divertido que mar.

La sorpresa vino cuando entendimos las verdaderas intenciones de papá.

–Nos vamos diez días a un refugio –nos dijo con una sonrisa.

Yo había oído hablar de refugios nucleares, también para gente que duerme en la calle, pero nunca de refugios de montaña. Ahí aprendí que hay cabañas en las que uno puede descansar después de horas de subir cargando una mochila por caminos de tierra angostos





y empinados. Son como hoteles a miles de metros de altura, pero nada que ver: en lugar de camas tienen cuchetas y en vez de un cuarto para vos solito, una única habitación en donde te la pasás escuchando los ronquidos de gente desconocida, metido en tu bolsa de dormir o tapado con frazadas que usaron otros. Una persona te recibe y, si querés, te hace la comida que vos elijas, mientras esta sea guiso. También podés cocinar lo que te hayas animado a subir.

–Yo hice esa vida durante diez años –siguió explicando papá–. En mi adolescencia recorrí la montaña cada verano y eso me marcó para siempre. El contacto con la naturaleza les va a hacer bien, dejar las comodidades por un rato, aflojar con la compu y la tele. El esfuerzo te forma el espíritu, y la recompensa es muy grande...

«¡Aburridooooooooo!», fue lo primero que pensé. También mi hermano, a juzgar por la cara que puso. Olvidate de barrenar las olas con la tabla y de estar tirado en la arena sin hacer nada, y también de jugar en el local de videojuegos al volver de la playa. Lo único que nos animó un poco fue cuando mi papá dijo:

–La única macana es que no hay duchas...

Pero nos desanimó enseguida cuando dijo:

–Igual al lado del refugio hay un lago hermoso para bañarse. Aguas transparentes como nunca vieron...

–Y heladas –interrumpió mi hermano.

–Sí, pero si nos toca buen tiempo ni lo notás –intervino mi mamá, que había elegido el bando enemigo. Ahí nos enteramos de que ella había subido la montaña con papá una vez y le había encantado.

–¿Y si te gustó tanto caminar más de cinco horas con peso en la espalda, dormir rodeada de gente sucia que hace ruidos asquerosos, comer guiso mañana, tarde, noche y bañarte con agua fría, por qué no volviste? –pregunté, haciéndome el chistoso.

–Porque nació tu hermano y después naciste vos, Pedro, y no quisimos llevarlos de tan chicos. Pero nunca olvidé esos paisajes, las rocas, los picos nevados, sentir que caminaba por lugares en donde muy pocos habían estado antes. Y la cosa no es como vos la describís, sos un exagerado, ya vas a ver...

Lo que siguió fue una sesión de fotos larguísima con imágenes de ellos en el refugio al que se les había ocurrido llevarnos ese verano. Al principio me costó reconocer a mi papá, con barba al estilo Papá Noel pero negra y el pelo largo, y a mi mamá con trenzas hasta la cintura y una onda amor y paz que nada que ver con lo

que es ahora. Mi papá se afeita todos los días, hasta los fines de semana, y siempre lo vi con pelo corto; además anda mucho de traje. Y mi mamá también tiene el pelo corto y se viste reformato.

Pero más me llamó la atención que se reían en todas la fotos de una manera especial. Ellos no son de reírse, y menos de esa forma. Mi papá y mi mamá suelen estar serios y preocupados, por eso sentí que las fotos no eran de ellos.

—No parecen muy contentos con la idea de convertirse en hombres de montaña —murmuró mi papá. Se notaba que no podíamos disimularlo—. Si no están muy convencidos, antes de hacer algún comentario tengan en cuenta la cantidad de chicos que ni siquiera pueden pensar en tener vacaciones, o que no conocen el mar, o que se ven obligados a trabajar, o que...

—¡Pará, papá! —se enojó mi hermano, que es cuatro años más grande y a veces se anima a decirle cosas que yo no—. Si no hablamos, ¿por qué no la cortás con el discurso?

—Entonces voy a tomar sus silencios y sus caras de traste como si estuvieran recontentos y no vieran la hora de que nos vayamos para allá.

—¡Eso! —dije yo para cambiar el tema—. No vemos la hora, ¿cuándo nos vamos?

–En dos días salimos a la ruta.

Tenía que pensar un plan para no ir a la montaña.

Algo se me iba a ocurrir.